

Desamparo y estructura Psíquica

Adrienne Harris, Ph.D.

Introducción

Agradezco a los organizadores de este congreso por su invitación para hablar ante ustedes y por el tema elegido: el Desamparo. Inicialmente interesada, pero sin la certeza de qué aspecto desarrollar, he llegado a considerar que este tema es importante, de hecho, crucial en este momento en cuanto a lo que nos alerta sobre los procesos clínicos y la teoría psicoanalítica, por un lado, y en relación a lo que estamos viviendo social y políticamente, por el otro. En diferentes grados y circunstancias y a diversos niveles, en diferentes contextos culturales, vivimos en circunstancias en las que el desamparo y la impotencia son muy agudos.

Déjenme comenzar con la manera en que el concepto de Desamparo conforma la teoría psicoanalítica: la consideración de la metapsicología y el despliegue del desarrollo individual. También quiero considerar el lugar del desamparo en la transferencia y en la contratransferencia. Tengo la sensación de sostener una especie de paradoja por el mango. El desamparo se encuentra entre las experiencias más traumáticas e inmetabolizables que nos podamos imaginar y, sin embargo, tiene utilidad clínica, como espero poder desarrollar.

En Norteamérica, a partir de los setenta, con el enorme caudal de investigación llevada adelante sobre la infancia, el proceso de apego y la muy temprana infancia, la perspectiva sobre el infante y la interacción temprana podía parecer casi democrática. Había un concepto muy fuerte del Infante Competente (*El infante competente* fue un libro popular e influyente de 1974). Corremos casi el peligro de perder una intuición crucial de Bowlby: la experiencia de la pérdida para el infante puede comenzar con la protesta, pero es seguida por el colapso de la esperanza (por tanto, el desamparo) en la experiencia infantil de la pérdida. El núcleo de la aflicción por la pérdida en el niño es desamparo.

Por lo tanto, quiero desarrollar algunas ideas sobre la experiencia temprana en las que la asimetría entre la figura parental y el niño y la vulnerabilidad del niño ante las expresiones inconcientes y concientes de los adultos entran en escena. Quiero volver sobre las percepciones de Winnicott y de Green y agregarles el resurgir contemporáneo del interés por Laplanche en Norteamérica. También agregaré el trabajo de Levinas y de otros autores para abordar la radical asimetría existente en la interacción adulto-niño. Me interesa que pensemos sobre las implicancias, el sentido de la transmisión de “otredad” comunicada por los adultos al infante emergente y las implicancias específicas sobre los sentimientos de desamparo.

Asimismo, consideraré a otros varios autores que destacan el lugar del desamparo en el desarrollo temprano y lo ubican como característica central para el manejo del nivel,

a menudo severamente psicótico, de sufrimiento psíquico. Pienso, más recientemente, en el trabajo sobre la transmisión intergeneracional del trauma que ocurre en períodos y circunstancias de extrema vulnerabilidad (Rey, Apprey, Faimberg, Grand y Salburg).

Winnicott

Winnicott desarrolló la noción de intersubjetividad que trataré de unir con la visión de analistas que provienen, cada uno de ellos, de diferentes tradiciones: Matte Blanco y Bion, Laplanche y Loewald. Veo la intersección de Loewald, Laplanche, y Winnicott en las tempranas formas de los deseos y las identificaciones transmitidos. Los mensajes de Laplanche, los objetos transicionales de Winnicott y su sentido de la continuidad vital (*going on being*) como un vínculo social y la densidad primaria de Loewald son portales o vehículos para poder ver la transmisión e instanciación de la sexualidad y la sensibilidad infantiles como aspectos del apego y el vínculo. Las identificaciones y la sexualidad no se hunden entre sí, ni “se apoyan” sobre sí, pero quizás emergen en alguna interacción que tendrá mucho que ver con la forma en que el infante es visto, tocado, imaginado, y afectivamente involucrado, así como en el creciente sentido, por más embrionario, enigmático e irrepresentable que fuere, de su experiencia que el infante encuentra y crea. El desamparo, a la luz de estas transmisiones y rupturas en el vínculo y la “continuidad vital” surgen en el contexto del desamparo del infante, aunque esta sea una condición que atraviese un espectro de experiencia que llamaríamos traumática o extrema o incluso de forma más simple motivadora y apasionante.

En *El nacimiento de la intersubjetividad* (2014), Ammanitti y Gallese, desarrollando una versión más matizada de su trabajo sobre las neuronas espejo, relacionan las ideas de Winnicott en “Desarrollo emocional primitivo” (1945) con la visión de Martin Buber. “En el comienzo, la relación es como la categoría de ser, como disposición, como un formulario a llenar, como un modelo del alma: el *a priori* de la relación; el Tú innato” (Buber, 1978, p. 78). Después se cita a Winnicott: “¿Qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? Yo sugiero que por lo general se ve a sí mismo. En otras palabras, la madre lo mira y lo que ella parece se relaciona con lo que ve en él” (Winnicott, 1971, p. 148). La identidad, y la deseabilidad y sus interfaces (múltiples e inestables) emergen en este nexo en un proceso al que el infante, en gran medida, es sometido.

Green, que expresaba una gran afinidad con Winnicott, en su teorización sobre el “síndrome de la madre muerta” detalla un colapso del funcionamiento psíquico y cambios radicales en la estructura psíquica cuando un niño experimenta la pérdida (no necesariamente debida a la muerte) de una figura materna, antes de que el niño pueda disponer de una estructura interna como para sostener un objeto y de esta forma ser capaz de atravesar un duelo. “*Psychose blanche*” (psicosis blanca) es el término de Green para las brechas y las fisuras en la estructura psíquica que forman parte de esta experiencia. El

desamparo, en este sentido con el que Green y Winnicott lo entienden es una ruptura en la experiencia de la continuidad vital, previa a la etapa de la relación de objeto, quizás más parecido a la concepción de Loewald de la densidad primaria. Loewald también habla de la construcción simultánea de la interioridad y la exterioridad, un proceso que se ve radicalmente alterado por la pérdida temprana, y deja tras de sí, una profunda experiencia, a veces inmetabolizable, de desamparo.

Laplanche

Laplanche construyó una teoría que, con sensibilidad y tacto, integró a la teoría freudiana aún en su crítica del enfoque de una-persona de Freud. El desamparo forma parte de varias facetas de este modelo. En el corazón de su teoría, plantea lo que denomina la Situación Antropológica Fundamental, la asimetría entre el organismo maduro y el inmaduro. Cualesquiera sean sus sensibilidades, está el poder del inconciente del adulto para invadir y colonizar al niño. El desamparo se encuentra en el núcleo de la subjetividad, tanto conciente como inconciente, que se despliega. Caliche ha sugerido que esto es propio de los mamíferos.

Creo que lo que propone Laplanche nos lleva a un modelo nuevo y relativamente diferente del modelo del inconciente, más afín al trabajo de Matte Blanco sobre lo que este autor llamó “lógica bi-valente”. El modelo teórico de Laplanche y el de Matte Blanco establecen un sólido contacto con el interés contemporáneo por la experiencia no-representada, los estados mentales y los estratos inconcientes primitivos (Levine, Reed and Scarfone, Stern, Ogden). Creo que el convincente modelo de Laplanche es un familiar cercano del que desarrollan los italianos Ferro y Civitarese cuando conceptualizan el reverie y el entrelazamiento del sueño, la emoción y el pensamiento. Muchos aspectos de este proceso dejan a los participantes de la interacción en un estado de incertidumbre, animados, incluso exigidos a operar consigo mismos y con otro, no a través del control omnipotente, sino a través de un cierto abandono del control. En tantos de estos estados, la receptividad del infante hacia los mensajes enigmáticos, algunos traducibles y otros no, el desamparo no solamente es un aspecto necesario de nuestra posición sino quizás, hasta cierto punto deseable o beneficioso o inevitable.

Otros han trabajado para vincular este modelo con las asimetrías del apego (Chetrit-Vatine, Scarfone) y actualmente en las asimetrías y los enigmas del encuentro analítico. Scarfone usa el término de Laplanche “la transferencia en hueco” para teorizar una forma particular de ceder, un relajamiento del control, de la simbolización, ser el que sabe en favor de una receptividad y un conocimiento del poder de las transmisiones inconcientes para y por las cuales, uno queda, en la relación, hasta cierto punto desamparado. Podríamos decir que Scarfone sugiere la necesidad de cultivar una cierta forma de desamparo, renunciando a ser “el que sabe”, entrando en un estado de reverie, de proceso primario, de incertidumbre.

Creo que este proceso de mensajes enigmáticos y desamparo del receptor tiene implicancias para el desarrollo de la sexualidad, el género y otros aspectos de la subjetividad. Qué renovaciones o reelaboraciones de los binarios en la formación de la identidad podrían ser visibles si comprendemos que lo excesivo, lo que se encuentra más allá del fácil registro de la transmisión inconciente en la cual los binarios son proyectados e introyectados, incluye tanto los fenómenos de deseo implantados desde el otro hacia el self emergente, junto con las instrucciones sobre lo que es prescripto y lo que es prohibido, lo que es enfermo y lo que es saludable. El mensaje enigmático probablemente venga con instrucciones relativas a lo que ahora llamamos heteronormatividad, y como todos los mensajes enigmáticos, estas instrucciones estarán repletas de conflicto y contradicción. Uso el término “instrucciones” no para subrayar el conocimiento conciente, sino para establecer contacto con los autores que piensan los mensajes enigmáticos transmitidos en relación con programas de vida, trauma, etc. (Faimberg, Apprey, Davoine y Gaudilliere, Salberg y Grand, y otros).

Quizás podríamos ver al psicoanálisis como a una de fuerzas policiales interpelantes. El psicoanálisis pudo haber agregado, a través del discurso sobre la perversión, un aspecto disruptivo y vergonzante a ciertos mensajes “enigmáticos”. La transmisión inconciente puede incluir el aporte del campo social, así como los proyectos y formas de relación intrapsíquicos del “otro” adulto. Dimen y Corbett hicieron de estas ideas, piedra angular de su comprensión de la experiencia de género, productoras y responsables de la angustia reguladora, los estratos más profundos de la vida intrapsíquica. Una paciente reflexiona sobre una larga historia de dificultades en su relación con una hija, en comparación con sus vínculos más fáciles con un hijo. Recuerda los placeres eróticos del amamantamiento de su hijo y su extrañamente angustioso estado al alimentar a su hija. Pudo relacionar esto con muchas angustias en su propia relación con los cuerpos de su madre, cuando en una niñez muy tumultuosa se vio expuesta tanto a la sexualidad de su madre como a un cuerpo materno que estaba ausente y demasiado presente. Se sentía dominada por su temor a una experiencia homoerótica y pudo ver cómo esto atravesaba dos generaciones.

Desamparo y mal recibimiento (*Unwelcomeness*).

El trabajo de Ferenczi sobre la introyección en su conmovedor artículo de 1929¹ sobre el mal recibimiento en un niño también prefigura y expande sobre la concepción de Laplanche de los mensajes “enigmáticos”. Al observar los efectos intergeneracionales de la introyección, Ferenczi pudo pensar sobre la “identificación con los agresores”, los efectos contaminantes de un estado psíquico en el adulto transferido al niño. De forma similar, el artículo sobre la “Confusión de lenguas” incluye relatos fenomenológicamente muy ricos sobre la experiencia de desorden emocional y físico que produce el abuso

¹ Nota del traductor: “El niño mal recibido y su pulsión de muerte”, Tomo IV Obras completas

sexual. De nuevo, algún aspecto de este proceso engendra inevitablemente experiencias de desamparo. Uno es el objeto de la sexualidad, no solamente su sujeto. Yo diría que tanto Ferenczi como Laplanche argumentan a favor de esta perspectiva.

Clínica

Cuando mi paciente Clara llegó a tratamiento, se encontraba en una situación de desamparo que apenas podía reconocer como una repetición. Estaba recién embarazada de su segundo hijo (*child*²) en un matrimonio que se venía abajo. Temerosa de mantener o de dejar su matrimonio y con una desconfianza de los doctores y la terapia poco razonables, Clara me cuenta su historia sin un sentido de su significatividad ni de su significado. Hija única y adoptada al momento de nacer, es alejada de su hogar adoptivo y de sus padres por el estado a sus 6 años de edad. Permanece en cuidado tutelar por 3 o 4 años y es finalmente acogida por familiares de su padre adoptivo, una familia que considera la suya, y padres a los que llama su madre y su padre y con quienes continúa teniendo una relación muy estrecha.

Las circunstancias que rodearon a la intervención del estado son turbias: sospecha de abuso sexual, y derrumbe marital. Todo lo que Clara recuerda es que sentía que, de alguna forma, ella había causado el problema. Interrogada por alguien (policía / terapeuta) la preocupaba haber dicho algo equivocado. Hay un recuerdo de su hogar tutelar. Le permiten llamar a su padre, pero su familia tutora le pide que no diga el apellido de la familia. Recuerda que les dijo, “No sé su apellido”. La experiencia de desamparo y de pérdida absoluta es transmitida por ese recuerdo y su culpa parece un esfuerzo desesperado por mantener algo de control sobre lo que estaba pasando.

Llegamos a decir algo sobre el estado en el que puede caer cuando surge cualquier situación de pérdida o de separación. Arenas movedizas. Cae en un estado disociado y sin palabras, desapareciendo en ninguna-cosa (*no-thing*) y ningún-lugar (*no-place*). Nos hemos mantenidos juntas (a menudo enfrentando mi desamparo y el suyo).

Aunque ahora, después de varios años de trabajo y después del nacimiento de su segundo hijo (*child*), sentía que había estado muy cerca de perderla y de que ella perdiera todo. En una depresión post-parto que parecía llevarla directamente a una internación, yo vivía el desamparo de sentir que ella podía repetir el destino de su madre adoptiva, cuyo derrumbe en parte precipitó que se la llevaran para ofrecerle cuidado tutelar.

Una resiliencia significativa en Clara y la estructura de la terapia y nuestra relación que han dado forma a un ambiente sostenedor y Clara ha podido manejarse bien como figura parental, llegando a encontrar en la estructura de la parentalidad misma un formador de ambiente sostenedor. Sus relaciones con los hombres han sido más dañadas y dañinas y en el contexto de un gran cambio y una ruptura, ambas situaciones iniciadas por ella, comenzó con un patrón de encuentros sexuales con hombres que eran una

² N del T: *Child* es un sustantivo neutro, no indica el sexo.

particularmente atemorizante repetición del desamparo de su niñez. Rompió con un año de no tomar alcohol y se encontró, en repetidas ocasiones, levantando hombres para horas más tarde despertarse en un cuarto de hotel sin tener idea de dónde o con quién había estado. Podemos hablar nuevamente de arenas movedizas y también escuchamos la repetición del traslado, la dislocación y el desamparo. De nuevo, nosotras/ella volvíamos del precipicio. Se restablece la abstinencia de alcohol y comienza a poder hacer uso de los recursos comunitarios de AA junto con su terapia para restablecer su estabilidad.

Desamparo y soledad ética

Quiero agregar otra idea o concepto a las condiciones de desamparo que pueden alterar la experiencia de forma radical. El término “soledad ética” fue desarrollado por la filósofa Jill Stauffer, quien se inspiró en los trabajos de Levinas y del escritor Jean Améry. Stauffer nos hace reparar en la combinación de ser la desamparada víctima del trauma en una circunstancia dada, en la que otros se alejan, dejando a la situación traumática sin testigos, sin atención y sin abordaje. De forma bastante deliberada, hace de esto un tema ético.

Tanto Levinas como Améry fueron encarcelados y sometidos a violentos regímenes de opresión, castigo y, en el caso de Améry, de tortura. Estos hombres emergieron de sus experiencias, seguramente el máximo estado de desamparo, con una determinación de construir algo de teoría que tuviera en su base un requerimiento, un imperativo, de que como “el otro”, y para otros, uno debe asumir una postura fundamental de responsabilidad, en el sentido de ser testigo, sintonizar³, y de diversas maneras ofrecer un sostén.

El tema de ser testigo del trauma es crucial. El trabajo de Sam Gerson “Cuando el tercero está muerto” se centra en las heridas históricas que se acumulan alrededor, entre y al interior de las personas como “ausencias presentes”. Gerson se interesa por lo que pasa, cultural y personalmente, cuando no existe registro de una catástrofe que ha ocurrido, está ocurriendo, parece siempre ya estar ocurriendo. Le interesaba dar testimonio y también le interesaba lo que había sucedido cuando el testimonio fallaba, cuando el registro se encuentra más allá de la capacidad de un individuo o de un colectivo. Me parece que es importante anotar que las transmisiones que surgen en el proceso temprano de apego están en su mayoría radicalmente no marcadas ni registradas por un testigo externo. Este es uno de los puntos centrales de Ferenczi en relación con el trauma sexual en la niñez. La ausencia de un testigo crea quizás el más letal de los efectos.

³ N del T: *attunement* quiere decir no solamente la capacidad de sintonizar, de ponerse en el lugar del otro, sino además responder, reaccionar de forma adecuada ante esa situación.

Gerson describe este proceso como reacción a las experiencias en el Holocausto. Stauffer considera diversas circunstancias políticas. Yo propondría que el racismo en Norteamérica es uno de esos traumas sin testimonio.

Clínica

Vuelvo a Clara y considero también aquí a dos pacientes en quienes la ética del testimonio opera de formas muy complejas, no siempre predecibles. El recorrido cargado y terrible de Clara a través del sistema de cuidado tutelar no fue solamente traumático sino, en los términos de Stauffer, de sufrimiento de un estado de soledad ética, desamparo que pudo apoderarse de ella y sumergirla en la oscuridad sin advertencia previa. Tal era la mezcla de fuerza resiliente y lagunas psíquicas que tenía Clara. Se las arreglaba con gran entereza y diferentes tipos de apoyo (su familia adoptiva final y su terapia) como para criar a sus hijos con un permanente sentido de seguridad, un sentido inalienable de preocupación y pertenencia. Pero Clara no era tan buena en anticipar la retraumatización. La primera vez que sus hijos pasaban la noche fuera de casa de campamento, anticipaba conscientemente la libertad y las actividades y el tiempo con amigas, pero lo que encontró cuando partieron fue su hundimiento en otra de esas “arenas movedizas”.

He llegado a pensar que esta repetición, que sistemáticamente aparecía ante las separaciones, es en parte una función de la cualidad no testimoniada del trauma. En su vida adulta, hay una buena comprensión activa de la devastación causada por lo que ocurrió y de su persistente presencia en su vida inconsciente, pero sin embargo la separación y las despedidas, sea por razones de crecimiento o de placer para sus hijos, repiten un trauma para el que no siente que tenga haya protección posible. El desamparo reafirma su poderosa atracción. Este es el argumento que propone Stauffer: el testimonio es un aspecto necesario para tolerar el sufrimiento y su ausencia flagrante a través de varias décadas de niñez y de temprana adultez deja una marca. El trabajo que Clara y yo hacemos en este momento es el de prestar atención a las señales de advertencia, a la anticipación, a las herramientas para la estabilidad que Clara y yo podemos desplegar para sus hijos, no tan bien con ella misma.

Un paciente, bien entrado en su mediana edad, comienza su análisis conmigo. Había estado en terapias anteriormente, de variados niveles de ayuda y de duración. Esto era diferente, aunque no íbamos a entender cómo y por qué de forma inmediata. En la narrativa sobre su vida, un suceso significativo y trágico en su niñez quebró una trayectoria y estableció otra completamente diferente. Una cesura en el sentido de un quiebre en la continuidad. Los detalles que rodeaban a ese suceso – un accidente automovilístico fatal – y los primeros encuentros con su figura parental sobreviviente, después del suceso, fueron apareciendo de forma lenta e inicialmente sin mucha carga de afecto. Hay dos momentos en los que él y su madre se encuentran juntos, la muerte es admitida pero luego la vida familiar “se reanuda” y la figura parental perdida desaparece.

En el transcurso de varios años de análisis, estos “momentos” se profundizan y amplifican. Llegan a contener todo lo que la diáda siente y sabe sobre lo que ha pasado. El desamparo es una experiencia dominante. No puede afligirse, ni siquiera recordar. Antes de que pueda afligirse, los sucesos deben reaparecer y volverse traumáticos. El desamparo se profundiza antes de poder disiparse. Recuerda a su padre, solamente para tener que reconocer, casi simultáneamente, que éste al que había amado había desaparecido.

El paciente y yo comprendemos de maneras gradualmente profundas por qué el análisis no pudo comenzar en vida de su figura parental. El impactante descubrimiento de los afectos y las vergüenzas y los rechazos en la relación niño y figura parental emergieron lentamente, pero entonces con una fuerza más potente, casi alucinatoria, luego de visitar la tumba familiar.

Otra paciente tiene una vivencia de ser testigo con bastante más ambivalencia. La paciente llega después de circunstancias extremadamente terribles, un año después de que un ataque terrorista en los Estados Unidos matara a su único hijo y apenas pocos años después de haber perdido a su esposo. En un estado de extrema soledad, de entumecedor sufrimiento, ciertamente desamparo de saber siquiera si estaba preparada para seguir viviendo. Hago referencia a esta experiencia clínica porque, aunque la pérdida masiva y repentina de toda una familia y la ruptura de muchos vínculos familiares son aún excepcionales en el Primer Mundo, se están volviendo cada vez más una rutina. Tenemos actualmente muchas experiencias con grupos de personas que se encuentran en estados de extremo desamparo debidos a las pérdidas fundamentales de cada marcador de permanencia e identidad y a menudo de la comunidad y las familias en las que la identidad es vivenciada.

Mi paciente ha estado rodeada, de hecho, sostenida por testigos. Su sufrimiento ha sido asistido de forma cercana por la familia, amigos de su hijo, colegas y compañeros. Como comentó el doctor que la derivó, los “sherpas” que la guiaron al Everest del dolor. Recientemente, notó que tanto un joven sobrino como algunos de los amigos de su hijo se le estaban acercando. Estos movimientos, llenos de amor y cuidado, también la asustaban. No de forma explícita, pero de alguna forma comenzó a imaginar, de forma implícita, que estos testigos atentamente afectuosos la estaban volviendo a la vida. ¿Qué pérdidas son intolerables? En resonancia con Levinas, ¿cómo somos testigos sin colonizar?

El desamparo en el Analista y en la Contratransferencia.

La imagen del “cementerio ambulante”, citada en el artículo de J. Henri Rey, siempre me ha resultado atractiva porque sugiere tanto a los que atraviesan el duelo como a los sepultados. Es colectivo: más allá de lo diádico. Cuando Rey habla del cementerio ambulante, está hablando de las multitudes que habitan los consultorios y los seminarios

en Maudsley⁴, los proyectos de reparación que traen los pacientes. Faimberg habla de la importancia de imaginar siempre 3 generaciones en el consultorio. Pero considerando a ambos participantes, analista y analizando, el trabajo en el consultorio está lleno de personas: un “cementerio ambulante”.

La perspectiva relacional ha desarrollado un fuerte interés por la subjetividad del analista. Por eso aquí quiero considerar el trabajo de Rey a la luz de los proyectos de reparación de los analistas. He escrito sobre el problema general del cuidado de sí mismo del analista (en casi todas las tradiciones, tendría que decir, es bastante pobre). Para resumir un argumento bastante complejo, pienso que en muchos de nosotros y en muchas de nuestras figuras heroicas (Winnicott, Fairbairn, Loewald, Ferenczi, McLaughlin, Renik) muy a menudo hay una historia de cuidado precoz. Tan integrados en nuestras teorías y en nuestras teorías sobre la práctica (algo de la idea de Ferenczi sobre la práctica, por ejemplo) y, yo diría, en nuestras contratransferencias, podemos conservar algunos residuos melancólicos de las tareas de reparación de nuestras propias historias. Inevitablemente, quizás, hay una desmentida del nivel de este desamparo en muchos analistas. Somos los que amparamos (*helpers*), no los desamparados (*helpless*).

Hay aquí una compleja ironía. Nuestras formas analíticas de melancolía alimentan una vocación: seguramente suponen algo de sublimación exitosa y de un útil recurso a los ideales del yo. Pero, en cierta forma, entonces, la agenda inconsciente del analista y la del analizando pueden ser paralelas y oponerse. Nuestro proyecto es la reparación y la expansión de la libertad mental del paciente. La tarea del paciente es la de reparar el objeto agonizante. Pero qué sucede cuando somos de mayor ayuda para el paciente que para nuestras propias figuras internas. Cuánto hemos logrado avanzar hacia la posición depresiva, la aceptación de los límites y el perdón. Seguramente podremos unirnos a Margaret Little (y a otros) al decir: “El duelo es de por vida.” Y aceptar la continuidad (*ongoingness*⁵) de las idas y venidas entre la melancolía y el duelo. Quizás el “estado de frontera” no es tan ajeno a muchos analistas. Quiero argumentar o insistir, o al menos sugerir, que el análisis es un proyecto empapado en la melancolía y en la omnipotencia para el analista. Tenemos a la teoría, tenemos a los colegas, y a nuestros propios análisis como registros internos de significado y reparación. Pero diría que la vulnerabilidad, tal como la que describe Rey, persiste en el analista, con esperanza, en formas manejables. Creo que es útil tener estos temas en cuenta.

Podemos ver que lo que está implicado en estos objetos muertos o agonizantes es el remanente de un proceso de apego, repetidamente dañado en el desarrollo. A lo largo del resto de su vida, el niño permanece desamparadamente atrapado en la estructura de su relación más temprana. Desorganizado, angustiado, en grados diversos, las estructuras

⁴ N del T: hospital psiquiátrico en Londres, institución de formación en salud mental más grande en el Reino Unido.

⁵ N del T: cualidad de lo “ongoing”, continuo o en curso, también posible referencia al “*going-on-being*”, continuidad vital, de Winnicott.

patológicas identificadas por Bowlby y por quienes lo siguieron, habitan el mundo interno del paciente en forma de objetos agonizantes. Algunos de nosotros, a partir de estas historias, nos fuimos desarrollando como cuidadores (*caretakers*), quizás con una sintonía (*attunement*) particular para el desamparo en otros.

Balint escribió “Al aferrarnos, nos alejamos más y más de la satisfacción de la necesidad original, que debía ser mantenida segura” (1959, p.120). Este punto de vista encuentra un fuerte eco en el ensayo de Arietta Slade para la Encuentro Bowlby del 2008, en el que proponía prestar una atención más cuidadosa al miedo como principal fuerza motora en el apego y sus rupturas. El proyecto de reparación de un objeto interno herido, agonizante o no sepultado, siempre se construirá sobre el miedo que impulsa paradójicamente en dirección hacia el objeto y en la dirección contraria: claustrofóbico Y claustrofílico. Esta puede ser una de las reacciones poderosas y predominantes ante el desamparo, que se dispara en estas situaciones de miedo aparentemente interminable. Sugiero que pensemos en este proceso en nosotros y en los analizandos.

Pensar en los efectos de la contratransferencia y la transferencia me lleva al problema específico del trabajo clínico actual en un medio global atemorizante. Una de mis referencias aquí es Yolanda Gampel. Desde los tempranos 1990, Yolanda Gampel ha estado haciendo un importante trabajo teórico y clínico en situaciones de violencia social y política y ha escrito una cantidad de influyentes ensayos en los que desarrolla lo que denomina “identificaciones radioactivas”. Sea que pensemos en los indescriptibles e irrepresentables efectos del trauma local o social, o en la forma de desamparo que generan los efectos globales del cambio climático, debemos ver los efectos de tal nivel de disrupción en estos momentos, y particularmente en el encuadre clínico, en nosotros mismos. A medida que el mundo, macro y micro, se sacude y se estremece o, como ha escrito alguien, la argamasa social se licúa, todas las premisas de nuestro encuadre y nuestro trabajo están en cuestión, o en caída libre, o en crisis, o en todas las anteriores al mismo tiempo. Los pacientes con rupturas del apego altamente traumáticas y con objetos internos narcisísticamente malignos son particularmente vulnerables. Pero también lo son los analistas.

El desamparo puede quizás entenderse mejor como un asunto tanto de esperanza como de espanto.